

Narrativa Salvaje

DIEGO GARROTE

ÁNGELES ACUSADORES



Los Libros del Salvaje

Del texto: © Diego Garrote, 2024

De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2025

Primera edición en Los Libros del Salvaje: abril 2025

Título

Ángeles acusadores

Colección Narrativa Salvaje 2

Serie Nahíara Bermolen 1

Ilustraciones

Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial

Los Libros del Salvaje

Aldea A Pousa, 3

32816 Celanova (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC, procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital

Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.

31620 Huarte (Navarra)

ISBN: 978-84-129435-1-1

Depósito Legal: OU 55-2025

La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: cedro.org.

DIEGO GARROTE

ÁNGELES
ACUSADORES

Nahiara Bermolen I

Estacioné el coche en la pendiente de la comunidad privada, recogí mi bolso color burdeos de piel troquelada y salí al suave calor de principios de junio para echar un vistazo al lugar. La pendiente continuaba unos metros más arriba para virar a la derecha hasta un parque infantil situado sobre los aparcamientos cubiertos de los residentes; varios coches, entre los que había un Mercedes y un Jaguar, descansaban a la sombra. Tras el parque, los pinos daban comienzo a un bosque.

—No puedes aparcar aquí; es una zona privada.

Dejé de admirar los pinos y me volví hacia quien había hablado, un individuo pequeño y calvo, con gafas de montura ligera.

—He venido a visitar a alguien —dije.

—Tienes que dejar el coche fuera del recinto. Estás en una zona privada.

Sonreí, pues ya lo había calado; se trataba del tocapelotas de la comunidad.

—Entonces ¿qué haces tú aquí?

—Vivo aquí. —Mostró una sonrisa repleta de orgullo, como si aquello fuese el palacio de la Zarzuela.

—A mí no me engañas. Te has colado en la propiedad a saber con qué oscuras intenciones.

Alzó tanto las cejas que tironearon de su labio superior.

—Tienes que salir de la propiedad porque estás...

—¿En una zona privada? —Me quité las gafas de sol—. Mira, trabajo para Inditex. Buscamos zonas nuevas para abrir más tiendas.

Solo he venido a echar un vistazo por si podíamos montar una ahí arriba, entre los pinos, pero si molesto me voy, eh.

El calvito me escrutó de pies a cabeza.

—¿Trabajas para Inditex?

—Así es. Podrías ser nuestro nuevo modelo de ropa interior. Hazme caso; tengo muy buen ojo con los hombres. —Hice un guiño del modo más sugerente que logré sacar tras casi dos horas y media al volante. Dio un brinco al tiempo que enrojecía como mi barra de labios.

—¿Pero qué pasa contigo? Sal de aquí antes de...

—¿Señorita Bermolen?

El calvito y yo miramos arriba, al edificio de viviendas. En un balcón se hallaba el hombre que acababa de llamarme.

—¿Señor Freire? —pregunté.

Asintió, dijo que me abriría y desapareció en el interior. El calvo prosiguió su camino con expresión de fastidio tras aquella derrota y yo me dirigí al patio cubierto situado entre las dos alas del edificio de cinco plantas y subí en ascensor hasta la segunda.

Germán Freire me aguardaba en la entrada de su apartamento. De unos cincuenta años, era alto y barrigón, con la barba negra bien recortada. El cabello mostraba unas entradas amplias. Vestía pantalón de tela y camisa a rayas de manga larga. Le estreché la mano.

—Gracias por venir —me saludó mientras cerraba la puerta.

Lo seguí hasta la salita en la que estaba el balcón por el que se había somado. Me pidió que tomase asiento y me ofreció algo de beber. Acepté un refresco. Desde la cocina, dijo:

—Lamento que el primer vecino con el que se ha cruzado sea Borja. —Regresó con dos refrescos y vasos—. Estamos hartos de él.

Me encogí de hombros, restándole importancia, y vertí la bebida. Di un trago mientras él me miraba de arriba abajo, calibrando a quien pretendía contratar.

—Es la primera vez que hago esto. —Sacudió la cabeza—. Me imaginaba... No sé lo que imaginaba. No tiene usted pintas de detective. Aunque no sé qué pintas debe tener un detective.

—Eso es un punto a mi favor. Un detective con pintas de detective es un fracaso como detective.

Soy de un metro setenta y siete de alto, de piel morena y pelo negro, por entonces en media melena, con un lado peinado detrás de la oreja dejando a la vista los *piercings* pequeños. Usaba sombra de ojos, labial rojo y vestía un top ajustado de cuello redondo, sin mangas, pantalones tobilleros blancos y botines de tacón alto con los dedos al aire, las uñas con esmalte rojo oscuro al igual que en las manos, con pulseras y el brazalete ancho que perteneció a mi difunta madre.

—Señorita Bermolen...

—Por favor, tutéeme y llámeme Nahiara.

—Nahiara, tengo una hija de dieciséis años. Se llama Catiana. Ahora está en clase. O debería. —Señaló la carpeta de plástico que estaba sobre la mesa auxiliar—. Ábrela, por favor.

Contenía un sobre para cartas y una cartulina verde recortada al tamaño de un folio con un mensaje formado por letras adheridas, negras y en mayúsculas, extraídas de alguna revista. Leí sin sacar la cartulina de la carpeta: «Tenemos fotografías y un vídeo de tu hija. Te comunicaremos qué debes hacer para que nadie lo vea».

—La recibí anteayer. Estaba dentro del sobre.

—¿Solo la nota?

Germán Freire frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A si recibió pruebas de que lo que dicen es cierto; una copia de las fotografías, por ejemplo.

Enrojeció y le tembló un lado de la boca.

—Gracias a Dios que no.

—Es necesario que se lo pregunte, por si mienten y no tienen nada de eso.

—Ojalá sea así.

Tomé el sobre por un extremo. No tenía nada escrito.

—¿Cree que dicen la verdad? —pregunté.

Sus ojos castaños pasaron de destellar con furia a teñirse con desesperación, e incluso palideció.

—No lo sé. Catiana... Aún es una niña. —Sacudió la cabeza—. Creo que la conozco, pero ¿quién conoce en realidad a los hijos a esas edades? Hay mucho de esto ahora, con los móviles e internet. Quizá grabó algo y se lo pasó a un chico al que considera su novio. —Se dobló hacia delante y llevó las manos a la cabeza para pasarlas por las entradas—. Ojalá me estén chantajeando con humo.

Contemplé el refresco de naranja en el vaso y posé este sobre la mesa, junto a la carpeta abierta con aquella desgracia en inocente cartulina verde.

—No fue a la policía, ¿verdad?

Freire meneó la cabeza. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón y me ofreció uno, que rechacé para sacar mi pitillera con cigarrillos liados.

—No me atreví —explicó—. En los pueblos nos conocemos todos, por eso decidí contratar a un detective que no fuese de la zona. Aunque no sea cierto... Debía hacer algo, no podía quedar de brazos cruzados.

Di una calada y exhalé el humo por la nariz. Aproveché que se mantenía cabizbajo para sacar la punta de la lengua y apretar los labios, pensando en lo que me ofrecían.

—¿Sospecha de alguien en concreto?

—Desde que lo recibí intento poner cara y nombre a esa gente, y no se me ocurre nadie.

—¿Tiene enemigos?

Me miró perplejo.

—¿Enemigos? No. ¿Qué enemigos voy a tener? —dijo, como si se tratase de un ser revestido de pureza e inocencia.

Observé el salón. Una chimenea de gas, dos sillones tapizados de piel, un aparador, una mesa de cerezo.

—¿Tiene mucho dinero?

—No soy rico, pero no vivimos mal.

—¿A qué se dedica?

—Soy ingeniero de telecomunicaciones.

Me levanté para acercarme al aparador. Había dos fotografías. En una aparecía Germán (con menos barriga y menos entradas)

abrazado a una niña de unos diez años, de abundante cabello negro rizado y grandes ojos marrones.

—Qué guapa —dije—. ¿Comentó alguna vez si la molestaban o la notó usted rara? ¿Señales de acoso?

—No, nada. Me parece que está igual que siempre.

La otra fotografía era de una versión madura de la niña, aunque con el cabello más corto y la expresión más seria.

—¿Su esposa está enterada?

—No por mí, desde luego. Estamos divorciados y mantenemos solo el contacto estrictamente necesario.

—¿Cómo se llama?

—Gloria. Gloria Insua.

—¿En qué trabaja?

—Es veterinaria. Tiene una clínica aquí en Cervín. —De pronto, se alarmó—. ¿No pretenderás hablar con ella?

—Es probable que también recibiese algo similar.

Hizo una mueca de dolor.

—Me lo habría dicho.

—¿Como se lo ha dicho usted a ella?

Repitió la mueca, sin objetar.

—Tampoco le ha dicho nada a Catiana, claro.

—No quiero asustarla. —Su nuez se desplazó arriba y abajo con rapidez—. Y me da vergüenza.

Di unos toques con la yema del pulgar derecho en el labio superior.

—Las dejaremos al margen por el momento —dije para calmarlo un poco, si es que se podía calmar algo en esa situación.

—¿Me ayudarás? —Era un hombre corpulento, hecho y derecho. Sin embargo, en aquel instante parecía un osito de peluche arrojado en una esquina.

Asentí.

—Pero le advierto que si descubro que dicen la verdad tendrá que ir a la policía.

—Por supuesto. Albergo la esperanza de que sea una toma-dura de pelo, una vulgar estafa.

Iba a consolarlo diciéndole que seguramente se trataba de eso, porque, como comprendí más tarde, los detectives debemos ser algo psicólogos, pues la gente acude a nosotros con sus problemas y miserias; en cambio, lo que dije fue:

—Serán cuarenta euros la hora más gastos adicionales.

Aceptó. Regresé al sillón, saqué del bolso un modelo de contrato en una funda de plástico, lo dejé sobre la mesa junto a la carpeta con la cartulina, cubrí los apartados correspondientes, firmé y le tendí la pluma para que firmase él a su vez. Devolví el contrato al bolso, dejando la funda sobre mis piernas, y le pregunté dónde había aparecido la nota.

—La colaron por debajo de la puerta. La encontré al levantarme.

Así aparecen las desgracias: temprano y pillándonos con la cara sin lavar.

—¿Hay cámaras de seguridad?

—Que funcionen, no. —No estaba tan orgulloso de la zona como su vecino.

—Si vuelven a ponerse en contacto del mismo modo no se pasarán a dejar otra nota, porque sabrán que alguien estará vigilando. La enviarán por correo.

Le tendí la funda de plástico y le pedí que guardase la nota en ella, pues al fin y al cabo él ya la había manoseado. La guardé en el bolso y me levanté para salir.

Al dirigirnos a la entrada señaló una puerta cerrada y comentó que era el cuarto de Catiana. Me dio permiso para echar un vistazo. Había mucha cantidad de todo, pero bien ordenado: prendas, complementos, apuntes, fundas de móvil, fotografías de amigas en el tablero de corcho.

—No sé quién es ése —dijo Germán, refiriéndose al póster de un hombre sacándose la camiseta, cachas y tatuado.

—Maluma.

—¿Un cantante?

—Aseguran que sí.

Pasé de Maluma a las fotografías del corcho, en las que Catiana ya era una adolescente. En la mayoría aparecía acompañada de una chica de pelo castaño claro, muy guapa también, y nunca sola con chicos. Había otra de toda la clase reunida, de un par de años atrás, algunos aún con mascarilla. Le pregunté a Freire quién era la chica de cabello castaño.

—Tamara Outes. Se conocen desde la guardería.

—¿En qué curso está Catiana?

—1º de Bachillerato de Humanidades. Es muy buena estudiante.

Le pedí el nombre del instituto y saqué una fotografía con el móvil al horario de las clases en el corcho. Y, como un simple procedimiento, casi por cumplir, le pregunté por los horarios de salida de su hija, a qué bares iba, etc. Su respuesta fue, más o menos, previsible:

—Entre semana es raro que salga, una o dos tardes, como mucho; los fines de semana no tengo ni idea de adónde va. De noche solo sale los sábados, y no hasta muy tarde.

Antes de marcharme me pidió que le llamase a la hora que fuese si tenía noticias.

En esa ocasión utilicé las escaleras. Una vecina con bolsas de la compra me vio salir del apartamento, me devolvió el saludo con una inclinación de cabeza y se me quedó mirando con descaro, repleta de elucubraciones.

En mi coche, un Seat León negro, comprobé que habían dedicado el mismo tiempo y mimo a pegar los recortes de revista en la cartulina que el que los joyeros artesanos dedicarían a las alhajas de Elizabeth Taylor, pues no asomaba nada bajo las letras ni había pegotes sueltos. Le di en voz alta al GPS el nombre del instituto y me informó de que estaba a cuatro kilómetros.

Eran las doce menos veinte. Había salido de mi casa en Arcustela a las siete y media para ir a Cervín, pueblo situado en la Costa da Morte, a más de dos horas, sin saber en qué consistiría el trabajo que iban a ofrecerme, y en ese momento, mientras conducía hacia el IES Ladeira, no me agradaba demasiado la tarea. Adolescencia y tecnología. Combinación explosiva. Al igual que Germán Freire, yo también deseaba que todo fuese una broma de mal gusto por parte de unos adolescentes descerebrados.

El instituto estaba en las afueras, a mano derecha de la carretera principal, flotando en medio de un océano de radiantes prados verdes. Dejé el coche en el aparcamiento de la entrada y pasé al recinto. En la recepción, el bedel hacía fotocopias; al verme se movió medio encorvado.

—Quisiera hablar con el jefe de estudios —dije.

—Jefa de estudios. —Comprobó el reloj de la pared—. Tendrás que esperar media hora.

Salí fuera del recinto para fumar un cigarrillo en la acera, donde un grupo de jóvenes escuchaba música en los móviles. Paseé

mientras echaba miradas rápidas a los estudiantes por si reconocía a Catiana Freire. Aguardé casi diez minutos más de lo que me había pedido el bedel y volví dentro. Este me hizo señas.

—Está en su despacho. —Señaló la puerta abierta a la izquierda de la recepción, que conducía a los despachos del profesorado, tierras enemigas que muchos estudiantes temen. El que buscaba tenía la puerta entornada y llamé con los nudillos.

—Adelante.

La jefa de estudios tendría cincuenta y largos años. Sus ojos negros y la expresión severa con toda seguridad impondrían respeto entre los estudiantes más sosegados, aunque debía evitar sonreír para causar ese efecto, pues en cuanto me sonrió a mí, sus facciones se iluminaron.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Hice una mueca.

—No es fácil. Me llamo Nahiara Bermolen. Soy investigadora privada.

Ella frunció el ceño.

—¿Detective? —Me miró fijamente con aquellos ojos profundos y me sentí algo incómoda; tienes que saber mirar así para ejercer de jefa de estudios—. Creí que eras la hermana mayor de algún alumno. Soy Teresa. Siéntate, por favor, Nahiara, y dime qué ocurre.

Posé el bolso en una silla y me senté en la otra. Di una palmada en los apoyabrazos.

—La última vez que estuve en el despacho de un jefe de estudios fue por un lío de becas. Teresa, antes de nada, te pido discreción. Se han puesto en contacto conmigo porque hay sospechas de que en el Ladeira se mueve droga fuerte. —Teresa se retrepó en la silla sin dejar de aguijonearme con aquel mirar, así que intenté hacerlo lo mejor que pude—: Alguien de la Xunta tiene un hijo, y ese hijo trata con alguien de este instituto. Ese alguien de la Xunta es un padre muy preocupado que desea saber qué ocurre aquí antes de hacer las cosas de modo oficial.

Teresa dio toquécitos con el bolígrafo en la mesa durante un largo minuto.

—No sé qué pensar. Es surrealista. ¿Me muestras alguna acreditación, por favor?

Saqué la cartera del bolso y le pasé la TIP (Tarjeta de Identificación Profesional) e incluso el DNI, para que viese que colaboraba hasta en el más mínimo detalle, pues lo que pensaba hacer era ilegal.

—Veintinueve años —dijo—. Tienes la edad de mi hija. —Me devolvió los carnés—. ¿Qué quieres que haga por ti?

Devolví la cartera al bolso y dije:

—¿Crees que puede haber en el instituto alumnos capaces de andar en algo así?

La mirada de Teresa se volvió más dura.

—¿Seguro que son alumnos?

—¿A qué te refieres? —Sabía muy bien a qué se refería.

—Si no sospechas que pueda ser algún profesor.

—Existe esa posibilidad, pero por el momento me centraré en los alumnos. Mi tarea es descubrir si hay algo, si la cosa pasa a más intervendrá la ley; solo soy la rastreadora que se adentra tras la línea enemiga para hacer un reconocimiento.

—Y no es poco. —Se adelantó en la silla y cruzó las manos sobre la mesa, siempre con esa mirada de «sé que has falsificado las notas». ¿Qué harás si te doy algunos nombres? ¿Seguirlos?

—Fuera del instituto. Iré a los lugares que frecuentan, tomaré nota de con quién tratan; esa clase de cosas.

—Todavía eres joven, por lo que no creo que olvidases que un instituto es un caos, un cúmulo de mierda futura. —Alcé las cejas. Admirable nihilismo de media mañana. Teresa prosiguió sin darle importancia a mi reacción—: O quizá a esa edad no lo comprendías y en cambio ahora sí, pero esa es la realidad. Por muchos sermones que den por ahí algunos bienintencionados, hay gente que no tiene solución y no cambia sino para peor. Los que te diré ahora (siempre según mi opinión personal y la de algunos com-

pañeros de profesión) son de esos, de los destinados a estrellarse tras la pendiente.

Asentí con mucha convicción, en realidad sin saber el motivo; si era porque estaba de acuerdo con sus afirmaciones, si porque me alegraba de que aceptase mi petición, o para no llevar la contraria a aquella mirada. Me vendría de perlas en el trabajo aprender a mirar de ese modo.

Buscó en un archivador y dejó varios expedientes sobre la mesa.

—Solo te daré sus nombres y verás la foto un segundo. Sabes que no debería hacerlo.

No repliqué y saqué bloc y pluma. Anoté los nombres mientras miraba las fotografías. Siete chicos y tres chicas.

—¿Me puedes decir algo sobre ellos?

—Que ojalá dejen el instituto de una vez. Aunque vendrán otros iguales. Estos dos —señaló los expedientes— tienen diecisiete años y están atascados en 3º de la ESO. Vienen colocados y algo borrachos. —Señaló otro, el de un tal Breogán Antelo—. Este intentó atropellar a un profesor. Pudo ser un accidente, como aseguró, pues era ya de noche y llovía y no vio al profesor. En cualquier caso, lo expulsaron algunas veces. Tiene veinte años y ahora está en un ciclo medio de Soldadura. Ella es un huracán de mal humor e hiperactividad —se refería al expediente de Noemí Castro, y reconocí en aquella expresión ceñuda a una de las compañeras de clase de la fotografía del cuarto de Catiana—. Tiene dieciséis años y está en 2º de ESO. Suspende todo, aunque sus profesores coinciden en que es porque quiere, ya que se trata de alguien muy inteligente.

Ninguno cursaba Bachillerato, y de haber sido compañeros de Catiana, como esa Noemí, habría sido antes de repetir. Por seguir con mi propio espectáculo, pregunté si existía algún problema serio de drogas en torno a ellos.

—Porros, que sepamos. Como algunos otros alumnos que no dan problemas. Dudo que tengamos algo grave dentro del instituto.

—¿Y algún otro problema, como amenazas a chicas o abusos?
Teresa frunció el ceño y su mirada se oscureció más.

—No, pero tú estás aquí por drogas.

—Sí, claro, pero quizá van de la mano.

Teresa consultó su reloj.

—Tendrás que disculparme; tengo una reunión.

Nos levantamos y le di las gracias. Teresa me abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirme pasar al mismo tiempo que fuera alguien levantaba el puño para llamar, casi dándome en la cara.

—Lo siento. —Era un tipo alto, de camisa granate, con el pelo corto peinado a un lado, engominado, y barba de tres días cuidada. Tenía la boca ancha, algo que no restaba encanto a sus facciones afiladas. Se dirigió a Teresa—: Venía a por las copias que te pedí ayer.

—Las tengo aquí. Nahiara ya se iba.

Asentí hacia el tipo.

—Me voy, sí.

En el vestíbulo, un grupo estridente de chicas pedía fotocopias en la conserjería mientras el bedel intentaba aplacarlas sin éxito.

Salí al patio y la vi subiendo a toda prisa las escaleras que conducía a otra ala. La seguí.

Noemí Castro era pequeña, más o menos de metro cincuenta, y muy delgada. Semejaba una muñequita, pero su caminar indicaba decisión y seguridad. Accedí tras ella a otra zona del instituto. Acababa de sonar el timbre del cambio de clase y las aulas estaban abiertas. Los tacones de mis botines sonaban como petardos entre los gritos, y tropecé con miradas de curiosidad. Noemí avanzaba recta de espalda y de destino, apenas sin prestar atención en torno suyo. Su pelo era muy negro, liso y lustroso. Vestía camiseta de manga larga. Llevaba el móvil en el bolsillo de atrás de los holgados vaqueros rotos. No cargaba con mochila ni con carpeta, igual de ajena que yo al instituto. Cruzó esa ala y empujó la puerta de atrás con chulería, obligando a que los dos chicos que querían entrar se apartasen no por educación, sino por temor, aun a pesar de ser más corpulentos que ella. Viró a la izquierda y atravesamos el patio hasta

una pista deportiva, donde estaban en clase de Educación Física. Un hombre con pelo largo daba explicaciones mientras dos alumnos sacaban balones de una red para pasárselos a sus compañeros. Noemí se sentó en el césped, a metros de la pista. Yo me cobijé en la entrada de la cafetería, junto a la ventana abierta de la cocina. Noemí se puso a escribir en el móvil.

—¿Te sirvo algo?

Miré al hombre que asomó por la ventana, un señor mofletudo bañado en sudor. Aguantó dos segundos mirándome a la cara antes de bajar la mirada a mi pecho.

Pedí un botellín de agua y volvió a meterse dentro. Noemí seguía escribiendo. Entre la música y las voces del interior de la cafetería resonaban sin interrupción mensajes de WhatsApp, componiendo una melodía con más sentido que el *trap* que se oía. Regresó el señor mofletudo.

—Un botellín de agua —dijo—. Hace calor, ¿eh?

—Qué va.

—¿Estudias aquí?

Sonreí desenroscando el tapón.

—Gracias —dije.

—De nada. Podría ser, ¿no? Por la tarde, con los adultos.

Di un trago. Él me miraba sin cortarse, apoyado en el alféizar.

—Soy inspectora de Sanidad.

Frunció los labios y achinó los ojos.

—No jodas. ¿En serio?

—Algún escrupuloso ha denunciado que los bocadillos de tortilla llevan demasiados trozos de uña.

Sonrió, aunque no con los ojos, y la mueca permaneció unos segundos sostenida por los mofletes.

—Te crees muy graciosa.

A pesar de todo, no dejaba de mirarme el busto.

—Lo soy. Y guapa y atractiva. ¿Cuánto es el agua?

—Sesenta céntimos. Tú lo has dicho todo. Yo solo lo pensaba.

No me moví del sitio. Cada vez que pasaba algún estudiante intentaba reconocer a Catiana Freire. Por su parte, también Noemí seguía en su puesto, allí sentada en la hierba. Se levantó cuando sonó el timbre y los ocupantes de la pista recogieron los balones para dirigirse al gimnasio, salvo uno, con flequillo a lo tupé, que se hizo el rezagado y se acercó a Noemí. Charlaron un rato; o, en concreto, fue ella quien lo hizo, porque el del flequillo tipo tupé solo asentía. Dejó de asentir cuando Noemí le agarró la entrepierna. Distinguí desde la distancia que apretaba con fuerza.

El pobre tipo se dobló, el flequillo descolgado sin brío. Noemí lo soltó y se dio la vuelta; el otro hizo lo mismo, trastabillando, con las manos en la zona del estrujamiento.

Una risa baja se alzó sobre mi hombro.

—Esa niña es toda una fiera —dijo el mofletudo.

—¿Es siempre así?

—Es peor. Tiene más huevos que la mayoría de los que pisan este lugar.

—Lo que tiene son buenos ovarios. Ya has visto que los huevos tienen poca resistencia.

—Nunca lo había visto así. —Bajó la voz—: Dicen, solo dicen, que quedó embarazada a los doce años.

—¿En serio?

Asintió, entonces sí bien centrado en mis ojos.

—Lo que oyes. Dicen que dijo que no fue nadie... de aquí.

—¿De Cervín?

—Nadie de este planeta. Que fue cosa de extraterrestres.

Torcí la boca, apretando los labios con fuerza para no romper a reír.

—No es por meterme donde no me llaman —continuó—, pero o se burló de todos como una campeona o está como una puta cabra. Abortó, o se supone que lo hizo, aunque nadie la vio durante meses.

—¿Cómo se lo tomaron los padres?

—Vive con su tía. Su madre murió cuando ella era pequeña. Se rumorea que fue su padre quien... ya sabes.

—Quien estableció contacto en la tercera fase.

—No sé qué significa eso. —Miró hacia Noemí, que desanduvo el trayecto por el que la había seguido—. No sé qué significa nada. A veces ocurren cosas...

—¿Qué clase de cosas?

Se pasó la lengua por los labios y sacudió la cabeza.

—Hace unos años, una profesora denunció que sufría abusos o algo parecido.

—Joder. ¿Aquí, en el instituto?

—Sí. No sé en qué quedó la cosa. En cualquier caso, ella abandonó el instituto. ¿Te apetece un bocadillo de tortilla?

Sacudí la cabeza como si me creyese mis propias fantasías, y partí tras Noemí. Al doblar la esquina la encontré apoyada en una columna, las manos en los bolsillos, los pies separados, mirando en mi dirección. Titubeé un momento y pasé a su lado apenas mirándola, ella sí haciéndolo con sus grandes ojos castaños. Me alcanzaba de altura por los hombros. La rebasé y le escuché decir algo que no entendí. Me volví.

—Perdona, ¿hablas conmigo?

Señaló mi bolso y el calzado.

—Decía que eres una pija que solo puede haber sido fabricada en Arcustela. —Tenía la piel de un moreno muy intenso, como la de un peón de obra.

—Me esfuerzo en ello.

El teléfono le indicó que tenía un mensaje. Retomó el camino mientras lo leía, sin decir nada más, abriendo la puerta con un empujón.

Sí, fue un poco desalentador que una adolescente me pillase siguiéndola.